GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA Y *SAB*: AUTOBIOGRAFÍA Y VANGUARDIA

Por *Cristina Sánchez Rodríguez*

1. INTRODUCCIÓN

Se han escrito muchas páginas acerca de la fuerte personalidad que caracterizó a Gertrudis Gómez de Avellaneda, así como de su talante, que la sitúa a la vanguardia del momento histórico que le tocó vivir. Dichas afirmaciones quedarían inconclusas si no fueran respaldadas por la atenta lectura de su epistolario que ha permitido conocer, de la manera más fidedigna, múltiples aspectos de su figura.

Valorada como artífice de la palabra por su obra literaria, que cultivó los distintos géneros, sus cartas revelan un nuevo aspecto que considerar en esta autora: su estilo epistolar, que vale casi tanto como su mejor literatura. A través de este género, tan íntimo y personal, es posible recorrer la singular vida de esta autora colmada de ilusiones, entusiasmo y pasiones amorosas, en su más pronta juventud, lo mismo que de desengaño y hastío en sus últimos años.

Numerosas cartas de las que nos han llegado son las que escribe a Ignacio Cepeda, joven a quien conoció en Sevilla en 1839 y de quien estuvo enamorada prácticamente durante toda su vida, incluso después de que la relación se viera truncada. A él le dirige la autobiografía[1], escrita a ruegos de Ignacio Cepeda, dándole a conocer todo su pasado y por medio de la cual asistimos a recuerdos de la niñez y juventud de la Avellaneda, su vida familiar, su estancia en Cuba y España... Tal vez, por eso, advirtiera al principio de la misma que esas sinceras líneas que ella le dedicaba las arrojara al fuego después de ser leídas.

Pero, no obstante, tras la lectura de su epistolario, lo que llama la atención de esta mujer es precisamente eso: su condición de mujer. Su talento como artista, su afán de lectura, su lucha por una mejora de los valores de la educación, de la situación de la mujer... Luego, una persona reñida con su ambiente, con la sociedad que la ha visto nacer, cuyas reglas no acata, y que se adelanta a su tiempo, precursora en ideas, acciones y actitudes, más propias de este siglo que de entonces.

---

[1] Fechada en julio de 1839, narra su vida hasta el momento en que le conoció y estas veintiuna páginas son las que, en buena medida, nos permiten comparar los hechos proporcionados por la misma escritora con el contenido de su primera novela.

Por todo ello, este trabajo ha nacido con la pretensión de conocer a un alma superior a partir de sus cartas y de su primera novela *Sab*, escrita en 1844, y de demostrar que esta autora no quiso nunca delimitar su vida personal de su vida literaria. En *Sab* se encuentran numerosos elementos bajo los que subyacen acontecimientos de su propia vida, que aparecen reflejados en las cartas, y las ideas de la Avellaneda con respecto a las desigualdades de su tiempo que, por su condición de artista y de mujer, padeció, observó y juzgó, desde un punto de vista extraordinario.

2. BREVE APUNTE HISTÓRICO

Para estimar la personalidad de Gertrudis Gómez de Avellaneda es preciso considerar el marco socio-histórico de su siglo como influjo externo que la condicionó y que se expresa en toda su creación.

En el siglo XIX el papel de la mujer en la sociedad estaba sumamente restringido pues era un mundo masculino y machista donde la superioridad de un ser del sexo opuesto era inconcebible. Mas el movimiento romántico y el liberalismo favorecieron que la mujer accediera a la cultura al desarrollar una diferente actitud ante la vida, en todos los aspectos, y ser propicio para la manifestación de una cierta sensibilidad femenina. Es en esta revolución ideológica en la que el intelectual, con un determinado ideario, pone al servicio lo mejor de su arte para dar solución a los problemas del hombre no resueltos en los siglos pasados.

Inmersas en esta revolución ideológica, las mujeres intentan incorporarse, con mayor fuerza que en épocas anteriores, al cultivo de la literatura encontrándose con unas limitaciones que no les permiten la igualdad de condiciones con respecto al varón, ni escribir acerca de otros temas que no sean los estimados en el momento como menores. La Avellaneda se halla, así, en esta tendencia literaria más progresista y radical de la época a la que llega, muy probablemente, por el ambiente vivido, en su adolescencia y juventud, y por haber pertenecido a una familia acomodada.

3. GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA Y *SAB*

Frente al dominio de las novelas de carácter histórico en el Romanticismo, al leer *Sab* nos encontrarnos con una novela que apunta ya hacia el Realismo y que cuenta distintas peculiaridades que la concilian en una novela distinta de sus contemporáneas: la fidelidad en las descripciones locales, el uso acertado de un léxico coloquial, el tema del mercantilismo... No deja de ser *Sab*, sin embargo, una novela en la que los ideales románticos están a flor de piel puesto que se ofrece una visión poética de la naturaleza, una apasionada defensa de la mujer, una exaltación de los sentimientos, un canto a la libertad y una condena, por tanto, de toda tiranía.

Aunque, esta novela romántica y sentimental, sin duda alguna, se destaca por el

sentido de denuncia social que le imprime la autora y por la inclusión de diversos elementos autobiográficos que se imbrican, aparentemente de forma inocente, con la temática central de *Sab*. La Avellaneda se sirve de ella para, en medio del Romanticismo, expresar su protesta al identificar la esclavitud con las condiciones de la mujer en su sociedad. De esta manera, *Sab* –y Gertrudis Gómez de Avellaneda[2]- se anticipa a denunciar la opresión que sufren las mujeres y propone la igualdad social entre los hombres (esclavos o mujeres) por su capacidad de amar y atendiendo sólo a su condición espiritual.

Es por estas razones por las que se ha insistido en que debajo de cada personaje reside un poco del pensamiento de esta mujer y en que no pueden ser recibidos como meros tipos dentro de una obra literaria. Todos contienen, en mayor o menor grado, algo que facilita comprender la personalidad de la autora y, tal vez, por esto mismo, estén tan bien caracterizados[3]. La Avellaneda presenta a sus personajes valiéndose del recurso de la prosopografía y, a lo largo de la novela, les va dotando de reflexiones sentimentales e introspecciones que conforman su personalidad. Atendiendo fundamentalmente a las reflexiones de cada personaje, y a los hechos en sí, pueden descubrirse tres personajes que proyectan el yo de la autora: Carlota, Teresa y Sab.

3.1. CARLOTA, DEL ACATAMIENTO AL DESENGAÑO

Es en el personaje principal femenino, Carlota, donde se produce la identificación con la autora en gran medida. Esta identificación se da tanto en el ambiente cubano como en el marco temporal de la novela. *Sab* se desarrolla en la región de Puerto Príncipe, pueblo donde nace Gertrudis en 1814 y su personaje unos años antes. Ambas proceden de una familia de clase social alta que les permite gozar de una vida acomodada y convivir con esclavos que tienen a su servicio. Del mismo modo, sufren la ausencia de una de las dos figuras paternas desde niñas. La ausencia del padre, por otro lado, permitió que Gertrudis desarrollara una personalidad más fuerte y dominante que Carlota.

La educación que estas jóvenes reciben en la Cuba del siglo XIX es la que fielmente retrata la Avellaneda en *Sab* describiendo su propia experiencia y no inventando. En la novela, Carlota y su prima están libres de obligaciones domésticas y su única inquietud es esperar aquello que para la mujer había prescrito la sociedad: el matrimonio, en el que

---

[2] A menudo, su obra literaria se ha considerado pionera en el ámbito de la literatura escrita por mujeres pues hasta ella, y aún en la España del siglo XIX, la figura de la mujer, y sobre todo en el campo de las artes, estaba postergada. Sólo algunos nombres como Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz son afirmaciones de esta literatura en los siglos anteriores (siglos XVI y XVII, respectivamente).

[3] Los personajes son los que muestran una gran riqueza de sentimientos en la novela romántica pues ésta es aquella en la que prevalecen éstos antes que las acciones. Sentimientos que se convierten en materia novelesca ya que en *Sab* se repite con frecuencia que existen seres superiores que aman apasionadamente.

ésta actuaría como un mero objeto de decoración y como futura madre. Es en este aspecto, sin embargo, Carlota distinta a Gertrudis, pues aquélla es sumisa a su padre, a Enrique y a su sociedad, aceptando lo que se le ha impuesto y siendo fácilmente engañada. Gertrudis, en cambio, es independiente, más madura, ambiciosa y supera intelectualmente a Carlota en sus aspiraciones al rebelarse y no comulgar con lo dispuesto para una mujer de su tiempo.

En dicha superioridad habría influido de manera decisiva la actividad intelectual que Gertrudis desarrolló a pesar de que lo intelectual quedaba proscrito para las mujeres de este siglo quienes, según las consideraciones más tradicionalistas, tenían prohibido la asistencia a la Universidad. En aquellos tiempos en que por cualidades femeninas se entendía destacarse en los quehaceres domésticos, desenvolverse con arte en labores manuales como tocar el piano o pintar, nuestra autora fue decantándose, ya desde muy joven, por el mundo de la literatura recibiendo una enseñanza muy superior a la habitual, en una mujer de su época, y siendo educada en el liberalismo cubano que la hizo madurar esa tradicional rebeldía con la que se le ha caracterizado, unido este hecho a sus experiencias vitales: "Mostré desde mis primeros años afición al estudio y una tendencia a la melancolía [...] Nuestros juegos eran representar comedias, hacer cuentos [...] Más tarde, la lectura de novelas, poesías y comedias, llegó a ser nuestra pasión dominante"[4].

Avellaneda sabía que no era como las demás Carlotas dispuestas a caer en la trampa del papel femenino estereotipado del momento: "La educación que se da en Cuba a las Srtas. difiere tanto de la que se les da en Galicia, que una mujer, aún de la clase media, creería degradarse en mi país ejercitándose en cosas, que en Galicia miran las más encopetadas como una obligación de su sexo [...] Las parientas de mi padrastro decían que yo no era buena para nada porque no sabía planchar, ni cocinar, ni calcetar"[5]. Y, desde su obra, una vez consagrada como escritora admirada y respetada en los círculos intelectuales de Madrid[6], utilizó esa posición para favorecer a la mujer y su derecho a conservar su libertad y a decidir sobre su propia vida. Subrayó en toda su obra la injusta situación de la mujer con respecto al hombre, así como la discriminación a la que estaba sometida, y proclamó la igualdad intelectual de la mujer con el hombre y su superioridad en el campo afectivo. Ella tenía plena conciencia de la posición emancipadora que habría de tomar la mujer de su época. Se sentía ardiente defensora de las ideas de libertad y progreso e hizo de su vida un fehaciente ejemplo[7].

---

[4] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa*, Huelva, Imprenta y papelería de Miguel Mora y Compañía, 1907, pp. 16-17.

[5] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 35-36.

[6] Se hace necesario recordar que un suceso decisivo la marcará de nuevo por el delito único de ser mujer: fue rechazada su solicitud en la Real Academia de la Lengua, no precisamente por falta de talento, como reconoció explícitamente la institución y a quien ella dirigió unas reveladoras palabras.

[7] En 1860, editará en La Habana una revista quincenal, *Álbum de lo bueno, lo bello*, dedicada a la mujer. En ella publicará diversos artículos sobre este sexo que después recogerá formando una serie de cuatro bajo el título *La mujer*. Estos artículos son decisivos para conocer las ideas de Gertrudis respecto

De esta forma, y en contra de las estrictas costumbres que imperaban en el Camagüey de entonces, apenas con 16 años, Gertrudis protagonizó un escándalo imperdonable: rompió el compromiso de un matrimonio concertado para ella con un joven que reunía todas las cualidades de un buen partido. Se refugió en casa de su abuelo y fue objeto de duras críticas por haber roto las reglas que la sociedad por ser mujer le imponía: "No ignoraba que la opinión pública me condenaba; ¡despreciar un partido tan ventajoso! ¡tener el atrevimiento de romper un compromiso tan serio, tan adelantado, tan antiguo! ¡dar un golpe mortal a mi familia!"[8].

Acorde con la experiencia vital de la Avellaneda, se presenta en la vida de la joven Carlota el compromiso matrimonial con Enrique Otway, concertado por ambas familias y con unos intereses comunes. La inocencia de la protagonista y sus ilusiones del primer amor puestas en el apuesto Enrique las describe la autora en estos términos: "Cuando amamos por primera vez hacemos un Dios del objeto que nos cautiva. La imaginación le prodiga ideales perfecciones, el corazón se entrega sin temor y no sospechamos ni remotamente que el ídolo que adoramos puede convertirse en el ser real y positivo que la experiencia y el desengaño nos presenta, con harta prontitud, desnudo del brillante ropaje de nuestras ilusiones"[9]. Pareciera estar reviviendo en estas palabras sus recuerdos de niñez y aquella vanidad de mujer que comenzaba a despertar cuando conoció, gratamente, que estaba destinada a ser la esposa del mejor partido de todo el país y que luego se tornó angustia una vez fue consciente de cuál iba a ser su sino: "Yo no conocía el amor sino en las novelas que leía, y me persuadí desde luego que amaba locamente a mi futuro [...] Prodigóle mi fecunda imaginación ideales perfecciones, y vi en él reunidas todas las cualidades de los héroes de mis novelas favoritas [...] Desnudo del ropaje de mis ilusiones, parecióme un hombre odioso y despreciable"[10].

Esta proyección del amor ideal en el prometido provoca que, con el tiempo, tanto Carlota como Gertrudis se percaten de la verdadera intención de esos cazafortunas. En *Sab*, Carlota no se da cuenta hasta el final una vez casada, muerto su padre y cambiado el testamento por intervención del padre de Enrique, mientras que Gertrudis se entera por su abuelo de que "le había dicho que yo era la que buscaba, y que me daría además todo su quinto"[11].

Esto demuestra que tanto en la vida real como en la novela existen parientes fuera de la familia inmediata que se entrometen en la resolución o no de dicho casamiento. Es don Carlos quien primeramente se opone al amor de su hija Carlota, únicamente por

---

al sexo femenino con un gran avance de su pensamiento para el siglo en que vivió.

[8] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 26-27.

[9] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *Sab*, Edición de José Servera, Madrid, Cátedra, 1999, p. 118.

[10] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 17-18.

[11] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.*, p. 22.

contemporizar con sus hermanos que no consideraban digno que ella se casara con el hijo de un buhonero.

Ambas, en este sentido, padecen una esclavitud, la de ser mujer, que no es libre de elegir su propio destino. Gertrudis, a través de este personaje, expresa un concepto fundamental en su pensamiento que ella lo ejerció yendo, en ocasiones, contra lo establecido. Es el libre albedrío, el derecho individual de elegir un cónyuge sin claudicar ante imposiciones externas.

Claramente desde joven Gertrudis tiene dudas con respecto al matrimonio forzado, sobre todo cuando hay gran diferencia de edad: "Mamá no fue dichosa con él. Acaso no puede haber dicha en una unión forzosa, acaso porque siendo demasiado joven y mi papá más maduro, no pudieron tener simpatías"[12]. Esta desconfianza nace a raíz del segundo matrimonio de su madre. La repentina boda de ésta con Escalada deja en la escritora una dolorosa huella acrecentada al sufrir de cerca la desventura de una prima suya cuyo novio, una vez casado, se volvió tiránico esposo y con ello "mi horror al matrimonio nació y creció rápidamente"[13].

Ya de niña Gertrudis no aceptó la idea de que el matrimonio fuera la única salida para una mujer, aunque la sociedad en que vivía insistiera en ello[14]. Lo importante para ella en el matrimonio era el amor y lo rehuyó porque no halló un corazón bastante grande para recibir al suyo sin oprimirlo. Así, basada en la premisa de que el amor eterno en esta vida es imposible y de que no quiere retener por la fuerza a su lado a quien no lo desee, defiende el derecho a amar con libertad por encima de todos los prejuicios y convencionalismos sociales. En *Sab*, el matrimonio de Carlota, de familia noble, y el comerciante extranjero Enrique, de rango inferior, no cabe dentro de la norma por lo que resulta censurado por los abuelos. Pero es de Carlota de la que la Avellaneda se sirve para mostrar el trágico destino de la mujer: el matrimonio, que la conduce al desengaño y a la frustración conforme va descubriendo la realidad que la envuelve y el único interés que motivó a Enrique, la ambición: "Vio a su marido tal cual era: comenzó a comprender la vida. Sus sueños se disiparon, su amor huyó con su felicidad. Entonces tocó la desnudez, toda la pequeñez de las realidades, comprendió lo erróneo de todos sus entusiasmos, y su alma que tenía necesidad, sin embargo, de entusiasmos y de ilusiones, se halló sola en medio de aquellos dos hombres pegados a la tierra y alimentados de positivismo"[15].

Carlota y Gertrudis comparten igual condición espiritual. Son mujeres que han nacido para el amor y que el desengaño que les produce éste les obliga a renunciar a lo que es su propia esencia. Esta sensibilidad de un alma amante les motiva enfermedades

---

[12] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.,* p. 14.

[13] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.,* p. 29.

[14] De ahí arrancará el horror al matrimonio que Gertrudis comentó tantas veces: del temor a la pérdida de la libertad y del sometimiento al hombre.

[15] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, pp. 260-261.

e indisposiciones repentinas y no identificadas tanto a lo largo de la novela, cuando Carlota va a Cubitas a recuperarse, como en la vida de la autora, que derramó lágrimas en el mismo papel donde escribió a su gran amor. Viven y padecen el Romanticismo como elemento literario y de la realidad en ese amor romántico que Carlota proyecta en Enrique Otway y Gertrudis en Ignacio Cepeda.

3.2. TERESA Y LA SUBVERSIÓN DE LOS VALORES SOCIALES

El personaje de Teresa representa, en oposición al de Carlota, el otro destino que a la mujer en la sociedad del siglo XIX le esperaba. Por esta misma razón, Teresa es el personaje más subversivo de la novela al no conformarse ni con el discurso social ni con el discurso romántico de la mujer de su época.

Teresa aparece descrita desde el inicio despojada de toda su femineidad y atractivo físico, con un mirar frío, seco y apático, sereno y austero, aunque con un alma llena de grandes pasiones: "Al verla siempre seria e impasible se podría creer que su alma imprimía sobre su rostro aquella helada tranquilidad; y, sin embargo, aquella alma no era incapaz de grandes pasiones, mejor diré, era formada para sentirlas"[16].

No obstante, la gran condena que padece es la de su escasa fortuna que la constituye en una eterna dependencia, provocada por el abandono de su padre cuando era una niña. Este hecho será una imposibilidad para la consecución de un matrimonio con un joven de buena familia como, por ejemplo, Enrique Otway del que ella está enamorada. De esta suerte, Teresa parecerá mirar con recelo a su prima Carlota, por la felicidad de su amor y su belleza, de igual modo que Gertrudis describe en su autobiografía los celos que sintió hacia dos jóvenes amigas, quienes se enamoraron y consecuentemente la olvidaron por sus novios.

Teresa está marcada por los malos tratos desde la infancia y ahora, en su juventud, es relegada como mujer por su sociedad a un segundo plano. Debido a ello, herida, aparentará haber agriado su alma y haber agotado pacientemente su sensibilidad hasta crearse un enclaustramiento interior como refugio. Sin embargo, a medida que vayan desarrollándose los acontecimientos en *Sab*, irá abriendo su alma y actuará como fuerza consoladora tanto de Carlota como de Sab.

La prima de Carlota será la voz de la razón y de la mesura, sacrificando su propio destino para dirigir el desenlace feliz de Carlota y Enrique al convencer a Sab de que utilice el billete de lotería con Carlota. Representa la capacidad inteligente de dominar las pasiones y su entrevista en el río con el esclavo demuestra su generosidad y no estar falta de sentimientos. Asimismo, en el ofrecimiento que le hace a Sab de ser su esposa muestra la Avellaneda una gran modernidad en una mujer que subvierte los valores sociales del momento. Ella ya lo hizo, motivada por su amor intenso y puro, al declararse a su

[16] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, p. 116.

gran amor, Ignacio Cepeda, a lo largo de todas y cada una de las cartas que le dirigió: "Cuando te digo que te amo te lo digo sin turbación ni inquietud, porque este amor no es el amor vulgar de una mujer a un hombre, es el casto y ardiente amor de un alma pura y apasionada a otra alma digna de ella. Sentirlo, inspirarlo, me llena de orgullo, me engrandece a mis ojos y me hace probar un placer indefinible, celestial, que debe semejarse a la felicidad de los ángeles"[17].

Con todo, no podía ser menos trágico el final de una mujer que está dispuesta a sacrificar su felicidad por aquellos que, desconociendo la nobleza de su alma dolorida, no se lo van a agradecer. La Avellaneda hace que Teresa termine en aquella otra meta distinta del matrimonio a la que aspiraba la mujer de su tiempo: el convento, al cual se ingresaba por vocación, imposición o, como en este caso, decepción.

3.3. SAB COMO DISCURSO SOCIAL DE LA ESCLAVITUD

El esclavo es el personaje más complejo y rico de la novela en cuanto a que comparte y refleja mucho del pensamiento de la Avellaneda.

Sab es presentado con un aspecto distinguido y con una fuerte personalidad e intelectualidad que le apartan de la tradicional figura del esclavo. Además, es tratado con naturalidad y con cierta actitud paternalista, quizá, por el origen noble que se insinúa. El amor romántico que le prodiga a Carlota es su única forma de romper con las normas, dado que no es un personaje rebelde sino que sucumbe a su sociedad.

Pero si algo destaca en Sab es la nobleza y superioridad de su alma, de acuerdo con el convencimiento de la Avellaneda de que hay almas vulgares y almas superiores dignas de intensas pasiones. Esta idea la pone en boca de Sab, en numerosas ocasiones, a lo largo de la novela[18], y lleva a la distinción de los personajes por la posesión o no de dicha alma, en contraposición a aquellos mezquinos o de alma vulgar que no logran estar a la altura de esos privilegiados: "Hay almas superiores sobre la tierra, privilegiadas para el sentimiento y desconocidas de las almas vulgares; almas ricas de afectos, ricas de emociones... para las cuales están reservadas las pasiones terribles, las grandes virtudes, los inmensos pesares"[19].

Este rasgo primordial en Sab es el que la autora quiere subrayar en un esclavo que toma no por su vida material sino atendiendo solamente a su condición espiritual que genera un amor puro del que la única beneficiaria es Carlota. A través de ella, creerá llegar a Dios, en medio de esa concepción romántica del amor que diviniza a la amada, y vivirá íntegramente como un caballero al servicio de su dama.

---

[17] Cruz de Fuentes, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 68-69.

[18] "Es que a veces es libre y noble el alma, aunque el cuerpo sea esclavo y villano", Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, p. 108.

[19] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, p. 133.

Por ser objeto de este gran amor, capaz de llenar una vida, Gertrudis envidiará al personaje de Carlota pues ella dota con esa pasión y hace decir a Sab lo que hubiera querido oír decir a los hombres que amó. Gertrudis buscó un amor grande y sublime, intenso y pleno, como fuerza espiritual que, en cierto modo, se desnaturaliza cuando se lleva al plano físico. De pasión tan intensa, el fuego de ella atrajo a los hombres que se le acercaron cegados por la luz del amor de ella, bien la amaran o no. Esta profunda capacidad de amar, amar a plenitud, la desplegará varias veces a lo largo de su vida, no llegando a satisfacer ese ardiente anhelo de amor. Ninguno de los hombres que pasaron por su vida encarnaron ese amor dulce y apasionado que Gertrudis entregó en vano[20]. También Sab expresaría, con su amor frustrado, la pasión y el amor ideal de Gertrudis por Ignacio Cepeda.

La presencia del personaje de Sab es de capital importancia para que Gertrudis demuestre los límites de su sexo, reclamando derechos de igualdad, partiendo del sentimiento que como alma noble la mujer posee y que ella considera el aspecto que más la distingue del hombre.

En todo el proceso vital del esclavo, lo mismo que en sus reflexiones, pueden encontrarse estos alegatos en favor de la mujer que, subrepticiamente, se hayan en la esclavitud a la que está sometido. No obstante, es en el discurso epistolario de Sab, después de su muerte, donde se equipara la virtud de la mujer a la del esclavo que debe obedecer, callar y servir con humildad a sus dueños: "¡Oh! ¡Las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. El esclavo, al menos, puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad"[21]. También Gertrudis desde su niñez, se sintió aislada de los miembros tradicionalistas de su sexo y, todavía en su autobiografía, al confesar este hecho a Cepeda, recuerda que sufría y quiso morirse de dolor al saberse atada por las normas: "¡Cuántas veces envidié la suerte de esas mujeres que ni sienten ni piensan; que comen, duermen, vegetan, y a las cuales el mundo llama muchas veces mujeres sensatas! Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido muy bien: que no he nacido para ser dichosa, y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa"[22].

Afirma, de esta manera, que la esclavitud del sexo femenino en el matrimonio es peor que la del esclavo negro que puede esperar, de un modo u otro, que le llegue la libertad, mientras la mujer casada sólo con la muerte consigue deshacerse de sus cadenas y su yugo de desengaño y tedio. Sab no hace más que declarar en voz alta el discurso

---

[20] Numerosos fueron los amores que tuvo Gertrudis, siempre insatisfechos: Gabriel García Tassara, Pedro Sabater, Domingo Verdugo... amores ensombrecidos por la intensa pasión que agotó en Ignacio Cepeda.

[21] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, pp. 270-271.

[22] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *op. cit.*, p .28.

social, que relega a la mujer casada, y los derechos que la mujer soltera pierde en el matrimonio. Es el acatamiento de las normas establecidas por la sociedad, en contra de los sentimientos, el que lleva a la infelicidad del esclavo y, por extensión, de la mujer .

4. CONCLUSIÓN

La poetisa que, a la vanguardia de su tiempo, batallará por proclamar la superioridad de la mujer sobre el hombre y su absoluta libertad de decisión, se sirvió una y otra vez de sus personajes y de su obra para protestar por la injusta situación social de la mujer.

Después de la atenta lectura tanto de su obra como de su epistolario y autobiografía, se puede traslucir un trabajoso esfuerzo y una gran capacidad creativa en esta autora, que se refleja en el proceso de la escritura de sus obras y, en este caso, de *Sab*. Son apreciables varios procedimientos en el desarrollo de la misma y junto al elemento autobiográfico que se ha destacado, donde la autora escribe desde su propia experiencia identificándose con alguno de los personajes, aparece la ficcionalización de personajes y acontecimientos que tienen lugar en la novela. Finalmente, Gertrudis Gómez de Avellaneda culmina su proceso novelístico con un nuevo recurso que lleva a cabo tomando algunos elementos significativos, y generalmente conflictivos, de su propia vida y acomodándolos en un nuevo mosaico al quedar distribuidos, magistralmente, entre los varios personajes de su novela. Carlota, Teresa y Sab forman una trinidad de almas superiores cuyo único consuelo es la compasión compartida ante un mundo hostil que les constriñe. Los tres se hermanan con Gertrudis en ese mensaje final de la obra: la imposibilidad de alcanzar la felicidad.

La confesión de Avellaneda está llena de desengaños y conflictos que, en su gran mayoría, se pueden atribuir a su condición femenina y a su marcada y singular personalidad. Por eso, ella enalteció a su sexo, abriéndole sendas nuevas con su palabra y con su obra y defendiendo la igualdad intelectual de ambos sexos.

Estos pronunciamientos, que definen su personalidad y su vida, no cesarán de aparecer en las páginas de su obra, adelantándose, como se ha insistido, a las ideas que traerían los años venideros. Gertrudis Gómez de Avellaneda supo enfrentarse a la sociedad de su tiempo con valentía, siendo aficionada al estudio desde sus años más tempranos, rechazando y despreciando el matrimonio decepcionada por actitudes varoniles que consideraba injustas... Pero, antes de nada, defendiendo el derecho de la mujer a conservar su libertad y decidir sobre su propia vida.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLZAGA, FLORINDA (1997): *La Avellaneda: intensidad y vanguardia,* Miami, Edición Universal.

BRAVO-VILLASANTE, CARMEN (1986): *Una vida romántica: la Avellaneda*, Madrid, I.C.I.

CRUZ DE FUENTES, LORENZO (1907): *La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa, hasta ahora inéditas, con un prólogo y una necrología*, Huelva, Imprenta y papelería de Miguel Mora y Compañía.

FIGAROLA-CANEDA, DOMINGO (1929): *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Notas ordenadas y publicadas por Doña Emilia Boxhorn, Madrid, S.G.E.L.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS (1999): *Sab*, Edición de José Servera, Madrid, Cátedra.

PICON GARFIELD, EVELYN (1993): *Poder y sexualidad: el discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi.

REXACH, ROSARIO (1996): *Estudios sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda (La reina mora del Camagüey)*, Madrid, Verbum.

RODRÍGUEZ-MOÑINO, ANTONIO (1959): *Epistolario inédito de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda (1841-1871),* Valencia, Tipografía Moderna, Separata de la revista Hispanófila, 6.